

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN FRANCIA EN EL SIGLO XIX: EDGAR QUINET

POR

ESTANISLAO CANTERO

Edgar Quinet (1803-1875), provenía de una antigua familia de propietarios rurales, y, en las tres últimas generaciones, de notables de Bourg-en-Bresse. Su padre, republicano, fue abogado, voluntario en los Ejércitos de la Revolución en 1792 y, posteriormente, comisario de guerra durante varios años con Napoleón. Según confesión propia, Edgar Quinet fue educado por una madre calvinista que le influyó profundamente, le enseñó sus creencias y jamás le habló de ningún dogma particular de ninguna religión, aunque le bautizó en el seno de la Iglesia católica; recibió la idea de Dios como la de un Padre todopoderoso que nos ve continuamente, que vela por nosotros y al que hay que rogar para obtener la sabiduría; de niño rezaban continuamente, pero “jamás una palabra de ningún ritual”; “jamás una fórmula oficial de ninguna Iglesia”; “todo procedía de la efusión de un alma inspirada”; “nunca oí hablar de ángeles, ni de Iglesia, apenas de Cristo”. Descuidada su educación religiosa, aunque con una inverosímil creencia sincrética luterano-católica, hizo su primera comunión a los trece años, (1) y a los quince ya no tiene fe (2). Quizá porque, como apuntó Castille, esa dualidad produjo “la confusión en su espíritu”(3). Según su acróico divulga-

(1) Edgar QUINET, *Histoire de mes idées. Autobiographie*, (1858), introducción, bibliografía y notas de Simone Bernard-Griffiths, Flammarion (Nouvelle Bibliothèque Romantique), París, 1972, págs. 129-132.

(2) E. QUINET, *Histoire de mes idées*, ed. cit., págs. 48, 57, 129 y 157.

(3) Hippolyte CASTILLE, *Edgar Quinet*, Ferdinand Sartorius, París, 1858, pág. 5.

dor, Albert Valès, Quinet, aunque “educado oficialmente en el catolicismo”, fue “el menos católico de los hombres” (4).

Estudió la segunda enseñanza en Lyon y a los diecisiete años con el título de bachiller se traslada a París, dónde terminará viviendo del dinero que le pase su padre, para seguir, más que estudiar, los cursos de Derecho, pues nunca llegaría a obtener la licenciatura (5). En 1827 se traslada a Alemania, donde permanecerá casi tres años, de donde volverá “henchido de misticismo” (6) que nunca llegará a perder (7). No se trata de la verdadera mística, de la mística cristiana, sino de una situación pagana, en la que el hombre se busca a sí mismo y pretende su deificación y que, sólo por analogía impropia, cabe calificar de misticismo. Traduce y publica las *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité* de Herder (1827-1828) (8) y se casa con la protestante Minna Moré en diciembre de 1834, tras un largo noviazgo, consecuencia en parte, de la falta de suficientes recursos económicos en quien no tiene un trabajo definido (9), y durante el cual, si no faltaron las acusaciones mutuas, la novia le achacaba un concepto egoísta y quimérico del amor (10). Tras su fallecimiento en febrero de 1851, se casó en julio de 1852 con la rumana Hermione Asaki, casi veinte años más joven que él.

(4) Albert VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, La Cause, Legugé (Vienne), 1936, pág. 28.

(5) Albert VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed.cit., pág. 41; Laurence RICHER, *Edgar Quinet. L'aurore de la République*, prólogo de Maurice Agulhon, Musnier-Gilbert, Bourg-en-Bresse, 1999, págs. 120 y 131.

(6) Emile FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, 5ª ed., Societé Française d'Imprimerie et de Librairie, París, 1903, pág. 178.

(7) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, ed., cit., pág. 226.

(8) Traducción hecha sobre la traducción inglesa, aunque no dominaba el inglés, porque, entonces, desconocía el alemán, por lo que en ocasiones se tergiversa lo escrito por Herder (Henri TRONCHON, *Le jeune Edgar Quinet ou l'aventure d'un enthousiasme*, Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, Librairie Les Belles Lettres, París, 1937, pág. 290; 285-351).

(9) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 99.

(10) Willy AESCHIMANN, *La pensée d'Edgar Quinet. Etude sur la formation de ses idées, avec essais de jeunesse et documents inédits*, Georg Editeurs, Ginebra, 1986, págs. 47-49.

Quinet fue uno de los que, con su poema *Napoleón* (1836), contribuyó a la leyenda del Emperador, aunque después del dos de diciembre de 1851, se excusara por este poema, como indicó Lucas-Dubreton, como de un pecadillo (11), diciendo que su adulación se produjo cuando los restos de Napoleón estaban proscritos en todo el mundo (12). El extenso poema fue recogido, en 1857, en sus *Obras completas*, sin variar su prólogo de 1835, en el que se explica y justifica su canto al “héroe” (13). Para Quinet, Napoleón fue un símbolo pues representó a una generación entera y se convertirá en el héroe de la poesía popular (14). Como indicó Valès, Napoleón era para Quinet “la viva representación de la Francia democrática y revolucionaria, pero, también, el predestinado, el advenedizo glorioso que parecía haber sojuzgado la victoria, el heredero de Alejandro y de César” (15). Será después del golpe de estado de 1851 cuando, en la *Historia de la Campaña de 1815* (1861), procurará destruir la leyenda de Napoleón, empezando por la supuesta necesidad del 18 Brumario (16).

Tras unos años de admiración hacia Alemania, correlativos a su traducción de Herder y a su primera estancia en aquel país, Quinet, al decir de Valès, fue “clarividente” al advertir el peligro prusiano desde fecha tan temprana como la de 1832 (17); fue, pues, de los pocos que advirtió el peligro para Francia de una unidad alemana

(11) J. LUCAS-DUBRETON, *Le culte de Napoleon. 1815-1848*, Albin Michel, París, 1960, pág. 325, nota 1.

(12) E. QUINET, *Napoléon*, en *Oeuvres complètes*, Pagnerre, Libraire-Editeur, París, 1857, tomo VIII, “advertencia” de 1857, pág. 137.

(13) E. QUINET, *Napoléon*, ed. cit., pág. 141.

“En el futuro de Francia, las guerras de la Revolución y del Imperio formarán las edades heroicas de la democracia; del mismo modo que Carlomagno, en la aurora de la feudalidad, se convirtió en el héroe de la poesía feudal, Napoleón se convertirá en el héroe de la poesía popular” (E. QUINET, *Napoléon*, ed. cit., pág. 158).

(14) E. QUINET, *Napoléon*, ed. cit., págs. 157 y 158.

(15) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., págs. 119-120.

(16) E. QUINET, *Histoire de la Campagne de 1815*, 9ª ed., Librairie Hachette, París, s.d., págs. 6-14.

(17) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 98.

bajo el poder prusiano y lo proclamó, tanto antes como después de Sadova (18).

Desde 1836, durante varios años y hasta su nombramiento de profesor en el Colegio de Francia, intentó serlo, sin conseguirlo, en la Universidad de París (19). En diciembre de 1838 combatió la obra de Strauss en su *Examen de la Vie de Jesús*, defendiendo la historicidad de Jesucristo que aquél negaba, su humanidad pero no su divinidad, pues entendía que aquella negación cercenaba la individualidad personal y la libertad (20). Powers estimó que se aprovechó de la obra de Strauss para combatirla con absoluta falta de sinceridad, aparentando ser lo que no era y cogiendo la oportunidad al vuelo, para hacer méritos ante el poder (21). Como quiera que fuera, meses antes había publicado su *Prometeo* (1838), en el que además de liquidar al cristianismo como religión revelada, mostraba que no creía en la invariabilidad de la doctrina católica (22).

En abril de 1838 recibe la cruz de caballero de la Legión de honor y, protegido de Guizot, de Villemain y de Salvandy, en septiembre de ese mismo año, va a ser nombrado profesor de literatura extranjera en la Universidad de Lyon, pero como carece de título universitario, tiene que apresurarse a conseguir el título de licenciado en letras en agosto de dicho año en Estrasburgo (23). En julio de 1841 consigue ser designado profesor de literatura meridional en el Colegio de Francia en cátedra creada *ex profeso* para él. Futuro

(18) Véase Paul GAUTIER, “Un prophète. Edgar Quinet”, en E. QUINET, *Allemagne au-dessus de tout*, edición de Paul GAUTIER de los artículos de Quinet sobre Alemania, estudio introductor de Gautier (*Un prophète. Edgar Quinet*), Plon-Nourrit et Cie., París, 1917, págs. 1-61; Claude DIGEON, *La crise allemande de la pensée française (1870-1914)*, (1959), Presses Universitaires de France, 2ª ed., París, 1992, págs. 26-30.

(19) Richard Howard POWERS, *Edgar Quinet. A Study in French Patriotism*, Southern Methodist University Press, Dallas, 1957, págs. 81-97.

(20) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 105; Ceri CROSSLEY, *Edgar Quinet (1803-1875). A study in romantic thought*, French Forum, Lexington (Kentucky), 1983, págs. 45-46.

(21) R. H. POWERS, *Edgar Quinet. A Study in French Patriotism*, ed. cit., págs. 85-86.

(22) E. QUINET, *Prométhée*, en *Oeuvres complètes*, Pagnerre, Libraire-Editeur, París, 1857, tomo VIII, pág. XXI.

(23) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 130.

diputado de la República, fracasará en su intento de serlo en 1846, aunque en su campaña no dudo en declararse públicamente “católico, apostólico y romano” (24), lo que no era en modo alguno. En 1848 ingresa en la masonería (25), en abril es elegido diputado y nombrado Coronel de la Guardia Republicana, participa al frente de la Undécima Legión, en la represión de la insurrección parisina de junio (26), por lo que no faltaron los que, desde muy pronto, indicaron la contradicción entre este comportamiento y su prédica anterior (27). Con el golpe de estado de Luis Napoleón tiene que exiliarse, marchando a Bélgica y en 1858 a Suiza, donde permanecerá hasta la caída de Napoleón III al no haber aceptado la amnistía de 1859.

Aun cuando en 1908, como escribió Thamin (28), es posible que de Quinet sólo quedara el nombre y eso por ir asociado al de Michelet (29), este “librepensador” (30), fue uno de los padres del nacionalismo de izquierdas francés, revanchista tras la derrota de Sedán, y del sectarismo de la Tercera República.

A pesar de su admiración hacia la reforma protestante en todas sus vertientes –“confesemos, modestamente, escribe en *Marnix* (1854), que esta revolución religiosa era la forma de libertad al salir de la edad media y reconozcamos que los que no pudieron conquistar esta libertad han sido, hasta hoy, incapaces para establecer otra” (31)–

(24) W. AESCHIMANN, *La pensée d'Edgar Quinet ...*, ed. cit., pág. 59.

(25) W. AESCHIMANN, *La pensée d'Edgar Quinet ...*, ed. cit., pág. 279.

(26) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., págs. 176-178.

(27) H. CASTILLE, *Edgar Quinet*, ed. cit., págs. 58-60.

(28) Raymond THAMIN, “Philosophes, moralistes, écrivains et orateurs religieux”, en L. PETIT DE JULLEVILLE, *Histoire de la Langue et de la Littérature Française des Origines à 1900*, tomo VIII, *Dix-neuvième siècle. Période contemporaine (1850-1900)*, Librairie Armand Colin, Paris, 1908 (págs. 442-498), pág. 483.

(29) Valès, en 1936, lamentaba que Quinet fuera un desconocido, y comparándolo con Michelet, atribuía ese desconocimiento al hecho del exilio (A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., págs. 382-392). No sólo se debió al exilio, pues a Victor Hugo no le ocurrió tal desgracia.

(30) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, ed., cit., pág. 189.

(31) E. QUINET, *Marnix de Sainte-Aldegonde. Fondation de la République des Provinces-Unies*, Adolphe Delahays, Paris, 1854, pág. 232.

no fue protestante (32). Según Walch, su aproximación progresiva al protestantismo no fue un fin para Quinet, “sino tan sólo el medio de eliminar al catolicismo” (33) En su testamento dispuso ser enterrado civilmente y así se hizo (34). En un codicilo fechado el 18 de agosto de 1856, precisaba su actitud religiosa contraria a la religión católica: “vivo o muerto, no puedo tener nada en común con las ceremonias de la Iglesia católica romana. Considero esta Iglesia, en su espíritu actual, como una de las últimas formas de paganismo y de las grandes calamidades de la humanidad. No habrá nada de libertad duradera en Francia mientras domine esta Iglesia”. Posteriormente, en otro codicilo de fecha 14 de marzo de 1858, ordenaba: “cuando muera, no habrá ninguna ceremonia católica; mi cuerpo no se llevará a la Iglesia que mi razón y mi conciencia han combatido” (35). En *El espíritu nuevo* (1874) indicará que a la hora de la muerte no hay otro auxilio que las ideas inmortales a las que se ha servido (36).

¿En qué creía Quinet? En *Alemania* (1836), Quinet, crítico con cierto materialismo de su época, escribía: “La humanidad privada de Dios se adora con la mejor fe del mundo. ¿Cuánto durará esta infatuación? ¿Quién lo sabe? ¿Quién se preocupa por saberlo? Y, ¿quién querría decirlo? Lo que es seguro es que este Dios nuevo se despertará un día, después de la fiesta, sobre su altar, pobre, desnudo, llorando, gimiendo” (37). ¿Quién o qué era este nuevo dios?

(32) Algún autor, como Faguet, considera que lo fue de convicción aunque nunca llegara a afiliarse (E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, ed., cit., pág. 190). Pero su negación de la divinidad de Cristo y su concepto de Dios son incompatibles, también, con el protestantismo.

(33) Jean WALCH, *Les maîtres de l'Histoire. 1815-1850. Augustin Thierry, Mignet, Guizot, Thiers, Michelet, Edgar Quinet*, Champion-Slatkine, Ginebra, 1986, pág. 242.

(34) L. RICHER, *Edgar Quinet...*, ed. cit., págs. 214, 268, 279, 282, 357.

(35) W. AESCHIMANN, *La pensée d'Edgar Quinet ...*, ed. cit., pág. 349.

(36) E. QUINET, *L'Esprit nouveau*, trad. esp., *El espíritu nuevo*, Elan, Buenos Aires, 1944, pág. 259.

(37) E. QUINET, *Allemagne au-dessus de tout*, edición de Paul GAUTIER de los artículos de Quinet sobre Alemania, estudio introductor de Gautier (*Un prophète. Edgar Quinet*), Plon-Nourrit et Cie., París, 1917, págs. 235-236.

Desde muy pronto se vieron tendencias panteístas en su obra, como Adolphe Lèbre observó respecto a *El genio de las religiones* (1841) (38), Vinet (39), que advirtió la contradicción entre el prólogo de *Prometeo*, que parecía excluir el panteísmo, y el coro de las Sibilas, que lo proclamaba (40), o *Nettement*, que calificó sus teorías de 1840 de “panteísmo literario” (41). Crossley entendió que en esta obra permanece la ambigüedad respecto al panteísmo (42).

En *El espíritu nuevo*, verdadero galimatías, parece inclinarse, sin reservas, al panteísmo: “Nuestro estudio del alma no está ya confinado en nosotros mismos. En todo lo que vegeta, siente, respira, a través del mundo organizado, sentimos una preparación de nuestra conciencia. Por primera vez, el hombre se halla en intimidad con el universo”. “El hombre escucha, no ya solamente las palpitaciones de su seno, sino la pulsación y el ritmo de toda vida. Él interroga a cada fibra, y cada fibra le responde. Por eso sólo se podría en nuestros días representar el estado de la conciencia de todos los seres vivos y hacerse una psicología de todo el reino animal”. “Ciertamente, admirar la naturaleza en su inmensidad y no tener nada de común con ella, es una manía antifilosófica” (43). “En vez del aislamiento sistemático del hombre, queremos colocarlo nuevamente en compañía del universo. Y de esta asociación nacerá el espíritu nuevo”. “Sintiéndose de acuerdo con el universo, el hombre se encontrará confirmado en su pensamiento”. Los hombres “tomarán al fin posesión del universo, no como huéspedes de un día, sino como poseedores y herederos legítimos de sus eternidades” (44).

(38) Marcel Du PASQUIER, *Edgar Quinet en Suisse. Douze années d'exil (1858-1870)*, Editions De La Baconnière, Neuchatel, 1959, pág. 243.

(39) Alexandre VINET, *Etudes sur la Littérature Française au XIXe Siècle*, edición y prólogo de Paul Sirven, Georges Bridel, Lausana, 1923, tomo III, págs. 139 y 178.

(40) E. QUINET, *Prométhée*, ed. cit., págs. XXI y 91.

(41) Alfred NETTEMENT, *Histoire de la Littérature française sous le Gouvernement de Juillet*, 3ª ed., coregida y aumentada, Lecoffre Fils et Cie., Paris, 1876, tomo I, pág. 133.

(42) Ceri CROSSLEY, *Edgar Quinet (1803-1875). A study in romantic thought*, French Forum, Lexington (Kentucky), 1983, pág. 44.

(43) E. QUINET, *L'Esprit nouveau*, trad. esp., *El espíritu nuevo*, ed. cit., págs. 250 y 251.

(44) E. QUINET, *L'Esprit nouveau*, trad. esp., *El espíritu nuevo*, ed. cit., pág. 254.

“Con todo cuanto vive y respira, los mundos mismos se disolverán para renacer. La existencia tiene sus límites marcados. Los soles se apagarán para encenderse de nuevo. ¿Pediré para mí únicamente un privilegio que ellos no tienen? No, aceptaré la suerte común a todos lo seres, vivir, morir para revivir” (45).

Según su mujer, “creía en la inmortalidad del alma, en lo divino en el hombre, el cual, por el cultivo de sus facultades, la claridad de su conciencia, desarrolla el principio divino que está en él” (46). Powers explicó lo mismo pero con más agudeza: “una fe en la autoridad de la razón natural, la voluntad libre del hombre y una conciencia a través de la cual Dios habló en términos de verdades absolutas, se combinaron para formar la religión de Quinet” (47). A juicio de Vabre Pradal, para Quinet, “si Dios existe, no es sino en nosotros; cada hombre lo lleva en sí mismo” (48). Tal divinización laicista del hombre que no parece ser otra cosa que la sustitución de Dios por el hombre, era, al mismo tiempo, conquista y fruto de la Revolución francesa, pues “después de dieciocho siglos, el hombre comienza, al fin, a declarar que Dios ha descendido en el hombre y que esta conciencia reflexionada de la presencia del Espíritu divino, crea un nuevo Código de derechos y de deberes” (49), cuya culminación es “la democracia moderna” (50).

Antes de expresar tal conclusión, ya en sus dramas de juventud, en *Ahasvérus* (1834) (51), héroe que encarna al “hombre eterno” —que, según el protestante Vinet, representa “la desesperación orgullosa”, hasta el punto que no querría la salvación si ésta entraña

(45) E. QUINET, *L'Esprit nouveau*, trad. esp., *El espíritu nuevo*, ed. cit., pág. 260.

(46) Hermione QUINET, *Edgar Quinet avant l'exil*, Calmann Lévy, 2ª ed., París, 1888, pág. 25.

(47) R. H. POWERS, *Edgar Quinet. A Study in French Patriotism*, ed. cit., pág. 168.

(48) Georgette VABRE PRADAL, *La dimension historique de l'homme ou le mythe du Juif errant dans la pensée d'Edgar Quinet*, A.G. Nizet, París, 1961, pág. 60.

(49) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, Fayard, París, 1984, págs. 270-271.

(50) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 271.

(51) Según Valès, a esta obra “le faltó claridad, tan completamente, que casi todo el mundo se equivocó sobre la conclusión del poema, que se creyó un grito de desesperación y que el poeta consideraba, sinceramente, como una palabra de esperanza” (A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 118).

humillarse (52)—, anunciaba la muerte de Dios y de Cristo, la muerte de Dios decretada por *la eternidad* y el advenimiento de un nuevo dios que rehará el juicio final y en el que el juez será juzgado (53).

Influido por el iluminismo de Swedenborg como afirma Marot (54) o sin que el impulso de *Ahasvérus* procediera de la difusión de las ideas del sueco, lo cierto es que Quinet fue, con esta obra, uno de aquellos literatos creadores de una mitología nueva en la que quisieron inscribir la memoria de la humanidad (55). En esta obra, en la que Redención no aparece por parte alguna, consecuencia de que no había dejado lugar ni para el pecado ni para la caída de Adán, “toda la Edad Media y el catolicismo —como indicó Vabre Pradal— son condenados” (56). Esta misma autora, advierte, correctamente, que en *Ahasvérus*, “muerto Dios, es el Espíritu el que triunfa, el verdadero dios que el hombre ha buscado desde el principio y hacia el que asciende permanentemente” (57). Pero, ¿qué es ese espíritu?

A juicio de Crossley, para el que Quinet en *Ahasvérus*, “profesaba una fe en la doctrina del progreso infinito” (58), “el Dios de Quinet no es personal, no es creador trascendente”, “es el Dios desconocido al que no cabe identificar con ninguna religión”, “es el desconocido, con infinitas posibilidades de futuro” (59).

En *Prometeo* (1838), como advirtió Vinet, “el cristianismo es rebajado a religión natural” (60). En efecto, en su prólogo explica-

(52) A. VINET, *Etudes sur la Littérature Française au XIXe Siècle*, ed. cit., tomo III, pág. 119.

(53) E. QUINET, *Ahasvérus*, en *Oeuvres Completes*, Pagnerre, París, 1858, vol. 7, págs. 389, 400-404 y 381-382.

(54) Patrick MAROT, *Histoire de la Littérature Française du XIXe siècle*, Honoré Champion, París, 2001, pág. 19.

(55) P. MAROT, *Histoire de la Littérature Française du XIXe siècle*, ed. cit., pág. 42.

(56) G. VABRE PRADAL, *La dimension historique de l'homme ou le mythe du Juif errant dans la pensée d'Edgar Quinet*, ed. cit., págs. 169-170.

(57) G. VABRE PRADAL, *La dimension historique de l'homme ou le mythe du Juif errant dans la pensée d'Edgar Quinet*, ed. cit., págs. 129-130.

(58) C. CROSSLEY, *Edgar Quinet (1803-1875). A study in romantic thought*, ed. cit., pág. 30.

(59) C. CROSSLEY, *Edgar Quinet (1803-1875). A study in romantic thought*, ed. cit., pág. 62.

(60) A. VINET, *Etudes sur...*, ed. cit., tomo III, pág. 167.

ba Quinet su concepción de la religión católica: “el cristianismo, al completar la tradición de Prometeo, se adecúa a la sucesión natural de las revoluciones religiosas”; “muchas de las profecías cristianas proceden de todo el mundo pagano muy anterior al Evangelio”. “En el corazón del paganismo –continúa Quinet–, se perpetúa la revelación de un mismo futuro, y todos estos espíritus precursores se encuentran en la tradición universal del Dios de la humanidad”. El cristianismo, “en lugar de encontrarlo aislado, se le ve surgir gradualmente del seno de todos los cultos”. “Quizá llegará un día en que Píndaro, Esquilo, Sófocles, niños del Dios de la humanidad, serán reconocidos como hermanos de Isaías, de Daniel y de Ezequiel” (61). Con esta obra celebraba la futura ruina del cristianismo (62) y anunciaba su transformación y una nueva revelación (63), si bien algún autor, sin duda con más benevolencia que éxito, ha interpretado que en esta última obra no cabe ver anunciado el fracaso del cristianismo ni su hostilidad hacia él, pues entiende que estas ideas aparecen en Quinet más tarde, como consecuencia de la hostilidad del partido católico a sus lecciones en el Colegio de Francia (64) . “Prometeo y el Judío errante representan, para Quinet, según indicaron Milner y Pichois, la insatisfacción del hombre, su rechazo a detenerse en una verdad parcial y a aceptar un dogma fijado” (65).

En su madurez, como resume Lindenberg, “la erradicación del catolicismo es, para Quinet, la suprema necesidad” (66) . Fruto de esa necesidad fueron sus lecciones en el Colegio de Francia duran-

(61) E. QUINET, *Prométhée*, ed. cit., págs. X, XI, XII y XIII.

(62) Paul BENICHO, *Le temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*, (1977), Gallimard, París, 2001, págs. 470 y 472.

(63) Aeschimann siguiendo a Saint-Rene Taillandier (W. AESCHIMANN, *La pensée d'Edgar Quinet ...*, ed. cit., pág. 289).

(64) G. SAINT-RENE TAILLANDIER, “Ecrivains modernes de la France. M. Edgar Quinet”, *Revue des Deux Mondes*, año XXVIII, segundo periodo, tomo XVI, 1 de julio de 1858 (págs. 125-158), págs. 146-152.

(65) Max MILNER y Claude PICHOS, *Histoire de la Littérature Française. 1820-1869. De Chateaubriand a Baudelaire*, 2ª ed., G.F. Flammarion, París, 1966, pág. 271.

(66) Daniel LINDENBERG, “Laïcité ou barbarie”, en Roland MONNET (Dir.), *De la modernité d'Edgar Quinet: l'homme est son propre Prométhée*, EDIMAF, col. La Documentation Républicaine, 2002, págs. 75-89, cit. pág. 79.

te los años 1843 a 1845 (67), en 1843 contra los jesuitas, en 1844 contra el Concilio de Trento y el conjunto del catolicismo, pues no es otra cosa *El ultramontanismo* (68) .

En 1843, a consecuencia de la cuestión de la libertad de enseñanza, que era inexistente y que los católicos reclamaban frente al monopolio estatal de la universidad, establecido mediante una interpretación restrictiva de derechos de la Carta de 1830, libertad rechazada por los liberales en el poder cuyo volterianismo y anticlericalismo suponía establecer una peor condición para los católicos (69), se desata una fuerte polémica que alcanzó, también a la enseñanza del Colegio de Francia, al denunciar abiertamente las enseñanzas de Michelet por sus ataques a la religión y a la Iglesia.

Quinet, en unión de Michelet (70), fue uno de los que más contribuyó en los años cuarenta a reavivar *el mito jesuita*, recurrente a lo largo de todo el siglo y que, lejos de ser “un producto espontáneo del inconsciente colectivo”, como ha mostrado Leroy, fue obra de liberales, de bonapartistas, de jansenistas y de monárquicos regalistas, a los que les sirvió “de arma de propaganda en el combate político” y fue “el chivo expiatorio, causa de todos los males que sufre la sociedad”, pues la escasa presencia y actividad de los jesuitas no justificaba “ese desbordamiento de odio y de miedo de los que la literatura y la prensa, la elocuencia judicial, parlamentaria y universitaria se hicieron eco” (71). En ese curso de 1843, fren-

(67) Pochon, que muestra la mitificación hecha por Quinet de los sucesos que motivaron la suspensión de sus lecciones, destaca su importancia para el futuro laicismo de la Tercera República, que identifica con la defensa de la libertad (J. POCHON, “Edgar Quinet et les luttes du Collège de France, 1843-1847”, *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, año 70, núm. 4, julio-agosto 1970, págs. 619-627).

(68) E. QUINET, *L'Ultramontanisme et l'Eglise Romaine et la Société Moderne*, en *Oeuvres Completes*, Pagnerre Libraire-Editeur, París, 1857, vol. II.

(69) El liberal Faguet veía así la cuestión: “Desde el punto de vista religioso, toda la historia de la monarquía de julio es la lucha del partido religioso reclamando el derecho a enseñar apoyándose en la Constitución, y del partido revolucionario sublevándose contra la Constitución” (E. FAGUET, *L'Anticléricalisme*, Société Française d'Imprimerie et de Librairie, París, s/f. (pero probablemente de 1905), pág. 157).

(70) Me ocupé de Michelet en Estanislao CANTERO, “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Julio Michelet”, *Verbo*, núm. 437-438, agosto-septiembre-octubre 2005, págs. 641-659.

(71) Michel LEROY, *Le mythe jésuite. De Béranger à Michelet*, PUF, París, 1992, págs. 7, 26, 8 y 6.

te a aquellas denuncias, Quinet, en unión de su amigo Michelet, puestos de acuerdo y repartiéndose el trabajo, reaccionan con sus lecciones contra la Compañía de Jesús, publicadas poco después en un volumen conjunto, *Des jesuites*.

El libro que recoge las lecciones del año 1845, más meditadas y trabajadas (72), no es más que un mediocre ensayo sobre las relaciones entre la religión y la sociedad, apoyado en unos rudimentos filosóficos e históricos, que ninguna persona culta de su época —que no fuera sectaria— podía admitir (73). El pensamiento ideológico, la ideología con sus ideas preconcebidas y sus prejuicios, ha desplazado tanto a la historia como a la filosofía, siendo estéril el esfuerzo de Bonnet para intentar salvar el hecho, que él mismo plantea, de que “en su conjunto” “parece que se trataba de meter los siglos cristianos en el lecho de Procasto de una ideología” (74). Quinet no fue un historiador propiamente dicho, ni tampoco un filósofo (75), pues consideraba que la filosofía consistía en la convergencia de todas las ciencias (76). Además, su imaginación se sobreponía a su escaso espíritu filosófico. Su influencia filosófica fue prácticamente nula (77).

Su aproximación a la historia —sobre cuya teorización filosófica se ha señalado una fuerte influencia de Schelling (78)—, de la que

(72) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, Fayard, París, 1984.

(73) Los españoles no podemos más que sonreír ante la patente ignorancia sobre los moros en España, la evangelización de América o la Inquisición en la que ve la unión de la religión católica y la religión mahometana (E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., págs. 145-147, 192, 195 y 204). El año anterior también había mostrado su incompreensión hacia España, arruinada, mísera y atrasada a causa de la cerrazón de la religión católica, anclada en el siglo XVI (E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., págs. 135-144).

(74) Henri BONNET, “Edgar Quinet, historien philosophe des religions dans *Le Christianisme et la Révolution*”, en Guy LAVOREL y Laurence RICHER, *Quinet en question*, CEDIC, Centre Jean Prévost, Université Jean Moulin Lyon 3, Lyon, 2004, (págs. 97-108), pág. 103; cfr. págs. 103-106.

(75) No así para Valès, que le calificó de gran filósofo y de gran historiador (A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., págs. 360-372).

(76) E. QUINET, *L'Esprit nouveau*, trad. esp., *El espíritu nuevo*, ed. cit., págs. 253 y 257.

(77) Lucien LÉVY-BRUHL, *History of Modern Philosophy in France* (1899), Burt Franklin, Nueva York, 1971, pág. 472.

(78) J. WALCH, *Les maîtres de l'Histoire...*, ed. cit., págs. 236-245.

no le interesaba tanto el hecho en sí como su interpretación, parece que estaba condicionada por el presente: “Nuestras revoluciones iluminan cada día con luz nueva las revoluciones pasadas” (79). En su interpretación de la revolución francesa “une la representación del futuro con la del pasado”, a fin de que la lectura del pasado permita la llegada de un determinado futuro (80). En toda su obra se aprecia el interés político de su interpretación.

En *Les Révolutions d'Italie*, en 1851, escribió: “me propuse mostrar, mediante las experiencias de un pueblo, que el principio católico es incompatible con la libertad moderna” (81) —en lo que, ciertamente acertaba, aunque erraba en las argumentaciones, pues no era por defecto de la religión católica sino de la libertad *moderna*—, y por ello el libro, en la escala de valores de Quinet, es la historia, reiterativa, de una única realidad: “el mal que el catolicismo hizo a Italia” (82) y la desgracia de Italia fue “rechazar la reforma religiosa y obstinarse en el catolicismo romano” (83).

Cinco años antes, en *Mes vacances en Espagne* (1846), al relatar su viaje a España durante 1843, había formulado parecido diagnóstico, igualmente erróneo, y en el que ya afloraban la animadversión y la burla. En su descripción, absolutamente inverosímil, todas las iglesias y catedrales que visita, a excepción de la catedral de Granada —que coincidió con el aniversario de su conquista—, están vacías (84); el sermón pronunciado en esa ocasión, ilustra “el divorcio de la Iglesia y de España” (85), en la que “nunca existió la libertad de pensar” (86). España “había atravesado la prueba del terror religioso” con Felipe II y con la Inquisición, y ya no creía (87). El reme-

(79) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 3.

(80) Christian DELACROIX, François DOSSE y Patrick GARCIA, *Les courants historiques en France. XIXe-XXe siècle*, (1999), 2ª ed. revisada y aumentada, Armand Colin, Paris, 2005, pág. 49.

(81) E. QUINET, *Les Révolutions d'Italie*, Pagnerre, Libraire-Editeur, *Oeuvres Completes*, París, 1857, volumen IV, pág. 530, corresponde al capítulo final, de 1851.

(82) E. QUINET, *Les Révolutions d'Italie*, ed. cit., pág. 388.

(83) E. QUINET, *Les Révolutions d'Italie*, ed. cit., pág. 376.

(84) E. QUINET, *Mes vacances en Espagne*, Editions D'Aujourd'hui (col. Les introuvables), Plan-de-la Tour, 1986, págs. 215, 220, 257 y *passim*.

(85) E. QUINET, *Mes vacances en Espagne*, ed. cit., pág. 175.

(86) E. QUINET, *Mes vacances en Espagne*, ed. cit., pág. 258.

(87) E. QUINET, *Mes vacances en Espagne*, ed. cit., págs. 232, 233 y 258.

dio de los males de España estaba en abandonar sus creencias seculares, pues tenía que “curarse de sus dos pasiones”, la monarquía y el catolicismo, el cual “creó el gran abismo” en que se encontraba España (88). Quinet ridiculizaba nuestra fe con un supuesto diálogo con el guía que le condujo de Granada a Córdoba, presentando a este arriero como un buen católico que, ante su sorpresa, ignora quienes fueron Adán y Eva así como la caída de nuestros primeros padres y que termina por confundir a Adán con Jesucristo (89).

Para Quinet, que afirmaba que la sociedad política y civil es hija de la religión (90), las creencias son transitorias y los siglos sucesivos muestran su revisión y modificación. Sin que el judaísmo y el cristianismo se distingan de las demás religiones por la Revelación (91): Jesucristo no es Dios (92) y no lo fue hasta el concilio de Nicea en el que “el Dios-hombre fue hecho Dios mismo” (93). También enseñaba que, ya en sus inicios, se impuso la Iglesia, universal y libre, de San Pablo, a la Iglesia de Judea, de San Pedro (94). Gorini, atento a todo lo que se escribía en su época, mostró, tanto la evidente falsedad histórica del hecho que presentaba Quinet como la interpretación que hacía (95).

Según Quinet, el cristianismo no ha dejado de ser traicionado continuamente por la Iglesia, especialmente mediante los dogmas y el papado (96), alcanzando su cénit con la bula *Unigenitus* (97), hasta que con la Revolución francesa “resucita” (98), “apartando a la Iglesia, que se había convertido en la piedra que enterraba el espí-

(88) E. QUINET, *Mes vacances en Espagne*, ed. cit., págs. 255 y 257.

(89) E. QUINET, *Mes vacances en Espagne*, ed. cit., págs. 192-194.

(90) E. QUINET, *Le Génie des Religions*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., vol. I, pág. 7.

(91) E. QUINET, *Le Génie des Religions*, ed. cit., págs. 9-46.

(92) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., págs. 50-51.

(93) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 75.

(94) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., págs. 56-57.

(95) J. M. Saveur GORINI, *Defense de l'Eglise contre les erreurs historiques de MM. Guizot, Aug. Et AM. Thierry, Michelet, Ampère, Quinet, Fauriol, Aimé-Martin, etc.*, Girard et Jossierand, Imprimeurs-Libraires, Lyon, 1853, tomo I, págs. 2-8.

Sobre las observaciones de Gorini a Quinet, véase Roger GORINI, “<<Observations>> sur le dialogue Quinet-Abbé Gorini dans la *Défense de l'Eglise*”, en G. LAVOREL y L. RICHER, *Quinet en question*, ed. cit., págs. 109-120.

(96) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., *passim*.

(97) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., págs. 219-222.

(98) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 90.

ritu en el sepulcro” (99). Las herejías fueron un soplo de libertad, como ocurrió con los albigenses (100) o la Reforma protestante y, Lutero es el héroe que “rompe la Iglesia” (101), “afirmando la autoridad del individuo”, “estableciendo el derecho del individuo de forma tan solemne que, desde entonces, ya no se podrá pensar en suprimirlo”, con lo que “se colocó la primera piedra del mundo moderno” (102). La obra está escrita para sostener el individualismo de la modernidad que encarna en la democracia y la soberanía popular, y una esbozada superioridad de la nación francesa (103). Para Quinet la religión es únicamente relación del hombre con Dios, directa, sin intermediarios ni normas (104) y el verdadero santuario es “la conciencia religiosa del hombre” (105).

Al contrario del determinismo de Herder, según Chassin, “descubrirá una verdad” que “será permanentemente la ley de su vida”, que la libertad es el motor de la Historia (106): “el día en que la libertad faltare en el mundo –escribía Quinet– sería aquél en el que la historia se pararía” (107). Sin embargo, tal como advirtió Benichou, tal concepto de la libertad se compaginaba mal con “la conciencia universal del género humano” de la que se participa y a la que se está sometido, por lo que, termina por ahogar a la conciencia individual, aunque Quinet hiciera hincapié en esta última (108).

Para Quinet las religiones cambian, son pasajeras, históricas; no puede haber una religión que sea permanente o invariable (109). Quinet anuncia una nueva *religión* de la que nada se sabe ni se

(99) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 90.

(100) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 160.

(101) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 171.

(102) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., págs. 178, 179 y 180.

(103) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., págs. 26, 88, 142-144, 150, 260, 280-281.

(104) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 218.

(105) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., pág. 275.

(106) Charles-Louis CHASSIN, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, Pagnerre Libraire Editeur, París, 1859, págs. 100 y 103.

(107) E. QUINET, “Introduction a la Philosophie de l’Histoire de l’Humanité”, ed. cit., pág. 366.

(108) P. BENICHO, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 457.

(109) C. CROSSLEY, *Edgar Quinet (1803-1875). A study in romantic thought*, ed. cit., págs. 42-43.

puede, aun, saber (110). A Ahasvérus le hacía decir: “Para descansar me haría falta una religión nueva en la que nadie hubiera bebido. Es lo que busco. Sólo ahí podría saciar la sed infinita que me devora” (111).

Quinet propone una *religión* –meramente humana, por supuesto–, que, en consonancia con la fe en el progreso, sea como una superación de todas las religiones cristianas, como una “especie de cristianismo eternamente progresivo” (112), pues, como también indicó Benichou, para Quinet la religión “está sujeta a la ley el progreso” (113). Y, al menos durante algún tiempo, también en Quinet la ciencia ocupó el lugar de la religión: “¿Qué son esos hombres de un orden nuevo, Galileo, Keppler, Newton, a los que les ha sido dado leer en el consejo eterno del dios de los mundos? Démosles su verdadero nombre: son los profetas del mundo moderno. No hay que figurarse que el espíritu de Dios sólo ha hablado a los profetas de la antigua ley, y que, después de Jeremías, de Ezequiel, ya no habló a nadie (...) Galileo, Keppler, Newton (...) han leído, en la inmensidad, las leyes que mueven las sociedades de los mundos; y estas leyes, esta geometría sagrada, contemporánea de Dios, coeterna con Dios, ¿dónde la han descubierto sino en Dios mismo?” (114). “Nosotros también afirmamos –continúa Quinet– la unidad de la religión y de la ciencia, pero a condición de que cada una sea, realmente, tan vasta como la otra, o, mejor dicho, que la más universal arrastre a la otra en su verdad y en su universalidad” (115), lo que significa que la religión desaparece en la ciencia, puesto que “la ciencia es, hoy, más universal que la Iglesia” (116). Se entiende, pues, como observó Crossley, que “pecado y redención, expiación y salvación, no caben en la religión de Quinet” (117).

(110) E. QUINET, *Des jesuites*, Comptoir Des Imprimeurs-Unis, Hachette, Paulin, 6ª ed., París, 1844, págs. 152-154.

(111) E. QUINET, *Ahasvérus*, ed. cit., pág. 228.

(112) C.L. CHASSIN, *Edgar Quinet...*, ed. cit., pág. 319; cfr. pág. 324.

(113) P. BENICHOU, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 473.

(114) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 200.

(115) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 203.

(116) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 202.

(117) C. CROSSLEY, *Edgar Quinet (1803-1875). A study in romantic thought*, ed. cit., pág. 46.

Aunque se haya escrito que Quinet era creyente pero no cristiano (118), lo cierto es que su creencia no se refería a nada propio de Dios, sino al hombre mismo y a la humanidad. Quinet pretendía la divinización del hombre, pero sin Dios. Según Chassin, con el que trazaría buena amistad y que le sirvió de correo durante su exilio, el “ideal infinito” de Quinet, consistía en “la libertad absoluta de la conciencia individual, la igualdad de los hombres ante la eterna justicia y la fraternidad del género humano” (119). Walch estimó que Quinet plantea una nueva religión, ajena a todo dogmatismo, de la cual él se presentaba como fundador y en la que Dios, presente en la naturaleza y en la historia, pero sin confundirse con ellas, se manifestaría en el progreso de la razón, de la justicia y de la libertad (120). Se trataría de la ascensión progresiva de la historia hacia “la religión universal” (121).

De ese nuevo mesianismo humano ya no serán sus heraldos los sacerdotes, sino las personas letradas: “¿Cuáles han sido los nuevos misioneros de este Evangelio renovado?”, pregunta Quinet, que responde: “Os lo digo: los pensadores, los escritores, los poetas, los filósofos”; “son ellos los que primero han comenzado a recordar este fondo de espiritualidad que es como la substancia de toda fe real” (122). Para Quinet, la traición de la Iglesia y, con ella, la del clero, que no quiso ver los signos de la Providencia en el mundo moderno —desde la Reforma a la Revolución francesa—, “hizo necesario (...) que espíritus ajenos al clero hicieran el oficio de clérigos y explicaran al género humano los designios de Dios para esta humanidad renovada. Vico, Condorcet, Herder, Hegel, Emerson (...) han desembrollado los consejos de Dios, que permanecían impenetrables para la Iglesia desde el siglo XVI” (123).

Según Buisson, Denis, Larroumet y Meunier, Quinet “creyó en el fin del dogmatismo y en el advenimiento de una especie de reli-

(118) Así, Chassin, que lo dice expresamente referido a cuando escribió el “Examen de la Vida de Jesús” de Straus (C. L. CHASSIN, *Edgar Quinet...*, ed. cit., pág. 323).

(119) C. L. CHASSIN, *Edgar Quinet...*, ed. cit., pág. 320.

(120) Jean WALCH, *Les maîtres de l'Histoire*, ed. cit., págs. 241-243 y 234.

(121) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., págs. 221-222.

(122) E. QUINET, *Des jésuites*, ed. cit., págg. 154.

(123) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 220.

gión humanitaria de la libertad y de la justicia” (124). Su segunda mujer estableció en su testamento: “muero en la religión de Quinet” (125).

Ya en fecha tan temprana como la de 1858, Castille observó que, al oficiar en las honras fúnebres de su madre en febrero de 1847, de su primera mujer en marzo de 1851 y de su hijastro en marzo de 1856, donde no hubo ningún sacerdote o pastor, Quinet se erige como hombre inspirado, busca en los actos más solemnes de la vida privada sustituir al sacerdote y suprimir uno de los intermediarios que entorpecen su comunicación directa con la divinidad” (126). Faguet, por su parte, observó que Quinet “se sentía más que un sacerdote, un poco fundador de religión”, un “intérprete de los dioses” (127).

Como lo resume Benichou, “en lo que Quinet, como tantos otros, describe como un progreso religioso, todo lo que hasta entonces era la religión se evapora”, pues “la religión de Quinet, a fin de cuentas, es una retórica vaga y poderosa, ornamento de una democracia concreta” (128).

En efecto, esa sucesión evolutiva a la que antes me referí, en el siglo XVIII ya no será la Iglesia sino la filosofía quien interprete y represente a Dios: La filosofía fue “el nuevo pontificado del Espíritu”, que recogió lo que abandonó la Iglesia, “heredando legítimamente al Dios vivo” (129). La filosofía es el espíritu del cristianismo en el siglo XVIII (130), que toma “lo más importante de la herencia del cristianismo, el pensamiento” (131). “El Espíritu, que antes habitaba en la Iglesia, la abandona y pasa al siglo” de la filosofía (132), hasta el punto que, como “la Iglesia había cometido

(124) BUISSON, DENIS, LARROUMET y Stanislas MEUNIER, *Histoire de la Philosophie*, Société Française d'Édition d'Art y L. Henry May, Paris, 1900, pág. 119, 2ª col.

(125) W. AESCHIMANN, *La pensée d'Edgar Quinet* ..., ed. cit., pág. 59.

(126) H. CASTILLE, *Edgar Quinet*, ed. cit., pág. 27.

(127) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, ed., cit., pág. 190.

(128) P. BENICHO, *Le temps des...*, ed. cit., págs. 493 y 493.

(129) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 244.

(130) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 247.

(131) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 249.

(132) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 251.

grandes faltas, era preciso que fueran limpiadas, y como eran crímenes contra el Espíritu, era necesario que fueran castigados por las flagelaciones del Espíritu”, de modo que “Voltaire es el ángel exterminador enviado por Dios contra su Iglesia pecadora” (133). En Voltaire se encuentra “el espíritu cristiano, el espíritu universal de solidaridad, de fraternidad, de vigilancia, que vive, siente, sufre y permanece en estrecha comunión con toda la humanidad presente y futura” (134). Pero Voltaire no era suficiente, y será Rousseau, junto a aquél, quien, surgido del protestantismo, haga que el siglo no sea sólo una revolución católica, sino cristiana y universal” (135). Cabe pensar, por tanto, que compartía el juicio de Lessing, cuando explicando su pensamiento, escribía en 1825: “el Evangelio que conocemos oculta en sus profundidades un nuevo evangelio en el que los dogmas se transformarán en verdades racionales” (136).

Quinet, reprocharía a la Revolución francesa no haberse atrevido a hacer una verdadera revolución religiosa –y de ahí, según su interpretación, su fracaso (137), mientras que “la revolución holandesa triunfó porque tuvo por base una revolución religiosa” (138)–, con la que hubiera terminado la obra iniciada por la Reforma y el filosofismo (139). En lugar de eso, la Revolución se conformó con

(133) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 256.

(134) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 258.

(135) E. QUINET, *L'Ultramontanisme...*, ed. cit., pág. 259.

(136) E. QUINET, “Introduction a la Philosophie de l’Histoire de l’Humanité”, en *Oeuvres Completes*, ed. cit., vol. II, pág. 375.

(137) Véase la polémica que engendró su interpretación en el interior de la izquierda revolucionaria, es decir, en el seno de los partidarios y defensores de la Revolución francesa, así como los comentarios de Furet, en François FURET, *La gauche et la Révolution au milieu du XIXe siècle. Edgar Quinet et la question du jacobinisme (1865-1870)*, Hachette, París, 1986.

Simone BERNARD-GRIFFITHS, “Mythification et démythification de la Révolution dans l’oeuvre d’Edgar Quinet”, en AA.VV., *La légende de la Révolution*, Faculté des Lettres et Sciences Humaines de l’Université Blaise-Pascal (Clermont II), Clermont-Ferrand, 1988, págs. 431-461.

(138) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 124.

(139) E. QUINET, *La Révolution* (1865), prólogo de Claude Lefort, Belin, Arles, 1987, pág. 161.

la libertad de cultos que no produjo el resultado esperado de la eliminación del catolicismo (140), porque “en un pueblo en el que todos tienen la misma creencia y en el que nadie tiene la idea de cambiar, la libertad de cultos es ¡no dar nada!” (141). Habría sido necesario suministrar otras creencias y el error fue no haber sustituido la religión católica por otra (142). Es decir, la Revolución francesa no había sido suficientemente contraria a la Iglesia católica (143), pues para su triunfo “la aniquilación de la Iglesia era una de las condiciones de la Revolución” (144). Esta pecó de “timidez de espíritu” (145), juicio esencial de Quinet como ha destacado Lefort (146).

Además, el Terror no había sido un mal necesario fruto de las circunstancias, como la mayoría de los historiadores revolucionarios, ya fueran liberales o republicanos, sostenían, sino la continuación de un comportamiento muy arraigado, herencia de las violencias, tanto del catolicismo, con su Inquisición, como del absolutismo monárquico (147). Como ha explicado con Claridad Furet, Quinet no reprocha al Terror la violencia, sino su falta de sentido (148). Como lo había destacado Powers, “lo que Quinet combate en el Terror no fue su intolerancia, sino su inutilidad”, “se había usado el arma correcta pero no contra el enemigo verdadero” (149). En lugar de haberse dirigido a extirpar la religión católica, volvió al absolutismo del poder, en nombre de un principio democrático con el que era contradictorio (150). Quinet lo había explicado en *Marnix*: los holandeses comprendieron que sus principio de tolerancia (151) y

(140) E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., pág. 164.

(141) E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., pág. 165.

(142) E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., pág. 165.

(143) E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., pág. 175.

(144) E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., pág. 182.

(145) E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., págs. 173, 469, 470.

Ya en *Les Révolutions d'Italie*, había expresado ideas muy parecidas: “La naturaleza de las cosas exigía que el catolicismo o la Revolución francesa se arruinaran, o el uno o la otra. El día en que los revolucionarios decidieron capitular con su eterno enemigo, se entregaron a él” (E. QUINET, *Les Révolutions d'Italie*, ed. cit., pág. 527).

(146) Claude LEFORT, “Prólogo” a E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., págs. 23-25.

(147) E. QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*, ed. cit., págs. 502-534.

(148) F. FURET, *La gauche...*, ed. cit., pág. 66.

(149) R. H. POWERS, *Edgar Quinet. A Study in French Patriotism*, ed. cit., pág. 155.

(150) E. QUINET, *La Révolution*, ed. cit., págs. 491-494.

(151) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 112.

de libertad de conciencia (152) eran insuficientes si, antes de aplicarlos, no impedían el ejercicio de la religión católica hasta que ésta no fuera un peligro para la nueva religión (153), por lo que “reprocharle al protestantismo su intolerancia es tanto como reprocharle haber querido vivir” (154). Así, desembarzados de la antigua iglesia pudieron establecer un nuevo orden político (155), permitiendo su triunfo porque su base fue una revolución religiosa y porque esperó para amnistiar a su adversario católico hasta que estuvo consolidada (156). No puede extrañar, pues, que Quinet haya sido calificado de “portavoz de la intolerancia” (157). Ni tampoco, que tanto la Revolución como el Terror, fueran para Quinet, en expresión de Lefort, una revolución y un terror “fallidos” (158). “La censura, sobre todo, –como había dicho Valès– por no haber sido suficiente y profundamente innovadora y revolucionaria” (159).

La publicación de *La Revolución* le costó su amistad con Michelet, pues éste, académicamente ambicioso, pagado de sí mismo por su supuesta y autoproclamada superioridad en el conocimiento de la Historia, se complacía en afirmar que hasta entonces nadie había manejado los archivos como él. En carta a su, hasta entonces, entrañable amigo Quinet, en la que rompe con él a consecuencia de su *Revolución*, enojado por considerarse ninguneado por Quinet, afirma que fue el único, en un trabajo que le llevó siete años, “en exhumar de los archivos la revolución” (160). En realidad, el distanciamiento entre ambos había comenzado en 1861 a causa de divergencias políticas –y no sólo doctrinales– sobre la respectiva concepción de la Revolución francesa, motivadas por la diferente percepción del régimen instaurado por Napoleón III, que Quinet

(152) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 114.

(153) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 116.

(154) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 117.

(155) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 123.

(156) E. QUINET, *Marnix...*, ed. cit., pág. 124.

(157) R. H. POWERS, *Edgar Quinet. A Study in French Patriotism*, ed. cit., págs. XIV, 169, 173.

(158) Claude LEFORT, *Essais sur le politique. XIXe-XXe siècles*, Editions du Seuil, París, 1986, págs. 160 y 171.

(159) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 295.

(160) Citado por François FURET, *La gauche et la révolution au milieu du XIXe ...*, ed. cit., pág. 102.

—exiliado ya voluntariamente— rechazaba de plano, mientras que Michelet indicaba que, a pesar de todo, Francia había progresado materialmente (161).

En los últimos años de su vida, Quinet publica *La Création* (1870) (162). En carta a Anatole Dunoyer le escribe que “la idea fundamental del libro es una filosofía del «Cosmos» que aun no se había hecho. La novedad del libro —continúa— consiste en el acuerdo exacto entre las leyes universales de los reinos organizados y de las leyes del mundo social” (163). Según su mujer, “una de las partes más novedosas” “era la de la educación del hombre por los animales. Nadie, hasta entonces, había señalado a estos oscuros instructores del primer ser inteligente”, “no tuvo más que descifrar el jeroglífico que encierra la palabra de la sabiduría creadora” (164).

Con esta obra pretendió “descubrir, por analogía y por inducción —como resumió Du Pasquier—, leyes comunes a la evolución del mundo antes del hombre y a las civilizaciones humanas” (165). En pocas palabras, como indicó Faguet, en la geología encontró la clave de la humanidad y, en esta obra, trocó la idea del progreso indefinido, que hasta entonces había sostenido, por la de evolución (166), en la que el hombre es un eslabón de una cadena que no concluye con él (167), pues no es más que “un comienzo, un esbozo,

(161) Simone BERNARD-GRIFFITHS, “Rupture entre Michelet et Quinet. A propos de l’Histoire de la Révolution”, en P. VIALLANEIX, y otros, *Michelet cent ans après*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 1975, (págs. 145-165), págs. 146-147.

Valès, que negó que hubiera habido ruptura, explicó, lo que a su juicio solo fue distanciamiento, por la diversa perspectiva de la realidad que ambos tenían, la de quien era un exiliado y la del que había permanecido en Francia (A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., págs. 307-312).

(162) E. QUINET, *La Création*, Librairie Hachette et Cie, 5ª ed., París, s.d.

(163) E. QUINET, Carta a Anatole Dunoyer, de 23 de junio de 1870, cit. por M. Du PASQUIER, *Edgar Quinet en Suisse...*, ed. cit., pág. 114.

(164) H. QUINET, *Edgar Quinet depuis l’exil*, Calman Lévy, París, 1889, págs. 360-361.

(165) M. Du PASQUIER, *Edgar Quinet en Suisse...*, ed. cit., pág. 111.

(166) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, ed., cit., págs. 207-208 y 215-217.

Quinet, sin embargo, no admitía que el hombre procediera del mono, pues un abismo los separa (E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. I, págs. 241-242; 294-295).

(167) Para Quinet el hombre es el resultado de un progreso ascendente desde los

un embrión” (168), en una progresión hacia seres superiores al hombre (169). Quinet tenía muy claro que “la creación no se ha terminado” y que aparecerá “un mundo superior a la humanidad” (170), ya que “el hombre pasará, como han pasado las amonitas y las plantas primitivas, y que otras vidas más completas, sin duda mejores que la suya, se expandirán en su lugar” (171), como lo anuncian los geólogos (172). La obra, llena de analogías aparentes y de explicaciones que no son más que suposiciones, es ejemplo de una falsa ciencia, de un cientificismo, logrado a base de yuxtaponer proposiciones, más o menos científicas o que nada tienen que ver con la ciencia -extraídas de la geología o atribuidas a ella-, con las suministradas por la historia, que no tienen conexión entre sí.

Du Pasquier no tuvo más remedio que reconocer que lo que pretendía Quinet era un proyecto “quimérico” (173). En verdad, pretender sacar de la geología, de la paleontología o de la botánica leyes adecuadas al género humano (174), o descubrir “la educación del hombre por el animal” (175) –pues del oso de las cavernas aprendió a vivir en cuevas (176), del mamut, a cubrirse con pieles (177), del reno, el nomadismo (178), del castor, construir palafitos (179)–, o intuir que el lenguaje de los hombres procede del sonido emitido por los pájaros (180), entre otras lindezas, dan la razón al fondo de la crítica inmisericorde de Barbey D’Aurevilly, cuando con su acerrada pluma, tachaba la obra de “batiburrillo trascendental”, decía

trilobites y el paso a seres superiores de los que lleva su sustancia (E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. I, págs. 89-90).

(168) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. II, pág. 320.

(169) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. II, págs. 279-280.

(170) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. II, págs. 326-327.

(171) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. II, pág. 329.

(172) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. II, pág. 330.

(173) M. Du PASQUIER, *Edgar Quinet en Suisse...*, ed. cit., pág. 109.

(174) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. I, págs. 47, 49, 81.

(175) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. I, pág. 327.

(176) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. I, pág. 323.

(177) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. I, pág. 325.

(178) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. I, pág. 328.

(179) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. II, pág. 3.

(180) E. QUINET, *La Création*, ed. cit., vol. II, págs. 51, 63, 77.

que no era el libro de un científico sino de un “cuentista”, y, lisa y llanamente, que se trataba de una mezcla de “bobadas y pedantismo” (181). Quizá no podía haber sido de otro modo, pues su mujer, admirativamente, escribió de este libro de su marido: “¿Es la inteligencia la única que arranca a la naturaleza sus secretos y descubre leyes nuevas? No, el corazón tiene gran parte en la adivinación. Un alma luminosa, apasionada por la verdad, casi adquiere un don de *seconde vue*” (182).

El anticatolicismo militante de este republicano radical-liberal, contrario al socialismo y al comunismo, diputado de la extrema izquierda en las filas de la izquierda republicana en 1848 y 1849, exiliado tras el golpe de 1851 hasta su regreso en 1870 tras la caída de Napoleón III y nuevamente diputado en 1871 –siendo uno de aquellos diputados defensores de la continuación de la guerra (183)–, fue, ciertamente, obsesivo: “todo pueblo que identifica su destino con el de la Iglesia romana es un pueblo perdido” (184), es decir, que corre a su ruina. El enemigo al que había que aniquilar no era la religión en general, sino, específicamente, el catolicismo, la religión católica, el papado (185); para ello había que buscar una alianza entre todos sus oponentes: “podéis atacar al mismo tiempo que al catolicismo todas las religiones de la tierra, en especial las sectas cristianas, sin distinción, y, de ese modo, obligarla a hacer una sola masa con él; en ese caso tenéis contra vosotros el universo entero. Estaréis una vez más reducidos a la impotencia. Al contrario, podéis armaros con todo lo que se opone al catolicismo, en especial con el conjunto de todas las sectas cristianas que le hacen la guerra; al añadir la fuerza del impulso de la Revolución francesa ponéis al catolicismo en el mayor peligro que haya corrido jamás. (...) este segun-

(181) J. BARBEY D'AUREVILLY, *Philosophes et écrivains religieux et politiques*, Alphonse Lemerre Editeur, París, 1909, págs. 201, 209 y 210.

(182) H. QUINET, *Edgar Quinet depuis l'exil*, ed. cit., pág. 362.

(183) E. QUINET, *Le siège de Paris et la défense nationale. Œuvres politiques après l'exil*, Librairie Hachette et Cie., París, s.d., págs. 119-124.

(184) E. QUINET, *L'Enseignement du peuple* (1850), en *L'Enseignement du peuple y La Révolution religieuse au XIXe siècle*, introducción de Daniel Lindenberg, Hachette Littératures (Pluriel), París, 2001, pág. 45.

(185) E. QUINET, *La Révolution religieuse au XIXe siècle*, (1857), ed. cit. *passim*.

do camino es el que propongo” (186) . Una alianza de todas las sectas, de todas las filosofías, de todas las revoluciones que se han opuesto a la Iglesia católica (187) : “Si el siglo XVI arrancó media Europa a las cadenas del papado, ¿es mucho exigir del XIX que termine la obra consumada a medias?” (188) .

A pesar de que creía que la religión es la creadora de cada sociedad y de sus instituciones así como de los acontecimientos, según expuso en su *Genio de las religiones*, como la realidad mostraba la pervivencia de la religión católica, ante la imposibilidad de sustituir la religión católica con una nueva, encontró la solución en la total separación de la sociedad (laica) de la religión (189) y para ello, nada mejor que la secularización de la enseñanza pública. Solución incongruente con la tesis del *Genio*, pues privaba a la sociedad de su fundamento religioso al excluirle de toda influencia en sus instituciones. En una enmienda al proyecto de la que se convertiría en la ley Falloux, en febrero de 1850, propuso la secularización de la enseñanza, con separación de la instrucción y de la enseñanza de los dogmas religiosos (190). De ese modo, Quinet defendía que “únicamente la enseñanza laica puede sacar al pueblo de las tinieblas del clericalismo” y desconocía lo que podría significar el pluralismo o la tolerancia (191), hasta el punto que el nada sospechoso de animosidad contra Quinet, Lindenberg indica: “el aforismo de Saint-Just <<nada de libertad para los enemigos de la libertad>> no le era ajeno” (192). Y Crossley reconocía que la intolerancia, en su afán por destruir a la Iglesia, “supone un relativismo moral que contraría la concepción de Quinet del historiador como guardián de la conciencia moral” (193).

(186) E. QUINET, *La Révolution religieuse au XIXe siècle*, ed. cit. págs. 242-243.

(187) E. QUINET, *La Révolution religieuse au XIXe siècle*, ed. cit. págs. 244-245.

(188) E. QUINET, *La Révolution religieuse au XIXe siècle*, ed. cit. pág. 246.

(189) E. QUINET, *L'Enseignement du peuple*, ed. cit., ág. 56.

(190) E. QUINET, *La République. Conditions de la Régénération de la France*, Librairie Hachette, 3ª ed., Paris, s.d., págs. 334-342.

(191) Sobre su intolerancia, Jacqueline LALOUETTE, “La libre pensée d'Edgar Quinet”, en G. LAVOREL y L. RICHER, *Quinet en question*, ed. cit., págs. (79-95), págs. 92-95.

(192) D. LINDENBERG, “Laïcité ou barbarie”, ed. cit. pág. 83.

(193) C. CROSSLEY, *Edgar Quinet (1803-1875). A study in romantic thought*, ed. cit., pág. 86.

Tras la derrota de Sedán y la caída del Imperio, con su regreso a Francia desde el exilio suizo, su republicanismo y su anticatolicismo, alimentado por su confianza en los principios de 1789, se recrudeció, si es que ello era posible, convirtiéndose en activista de la naciente Tercera República, a la que quiso dotar de un nuevo espíritu republicano, moderno y anticatólico (194).

Como “enemigo encarnizado del catolicismo”, según le caracterizó Godechot (195), su anticatolicismo fue obsesivo, y toda su actividad se dirigió a combatir a la religión católica basándose en una fe en el progreso, cuya garantía estaba en no se sabe qué iluminación, que el poeta, el escritor o el filósofo, había recibido de una divinidad, que no era tal, sino la humanidad.

Casi todos los que se han ocupado de este singular escritor han destacado, como rasgo esencial de su personalidad, esa animadversión: Faguet se refirió a las “tendencias homicidas contra el catolicismo” en *La Révolution* (196). Chérel subrayó su “odio sistematizado” al reunir dos corrientes hostiles a la Iglesia, la de la Reforma y la de la Ideología (197). “Adversario declarado de la iglesia católica –escribe Walch– por parecerle el obstáculo principal al progreso de la razón y de la justicia” (198). Como advierte el tampoco sospechoso Tomei, fue “un adversario sin concesiones del catolicismo”, que llegó a escribir: “No soy en absoluto católico, he combatido al catolicismo toda mi vida” (199). Su mujer dejó escrito que “se ocupó durante toda su vida de las religiones, con el único objeto de librar a los pueblos de la opresión sacerdotal y liberar al hombre del sacerdote” (200). Como indica Lalouette, “aunque no perteneció al

(194) C. DIGEON, *La crise allemande de la pensée française...*, ed. cit., págs. 138-147.

(195) Jacques GODECHOT, *Un jury pour la Révolution*, Robert Laffont, París, 1974, pág. 119.

(196) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, ed., cit., pág. 206.

(197) Albert CHEREL, *L'Idealisme anticatholique d'Edgar Quinet*, Imprimerie E. Taffard, Burdeos, 1935, págs. 15 y 16.

(198) J. WALCH, *Les maîtres de l'Histoire...*, ed. cit., pág. 242.

(199) Samuel TOMEI, “Un libre penseur religieux”, en R. MONNET, ed. cit., págs. 91-110, cits. pág. 97.

(200) H. QUINET, *Edgar Quinet avant l'exil*, ed. cit., pág. 24.

librepensamiento organizado, Edgar Quinet fue un libre pensador en el sentido intelectual e ideológico de la expresión, y su obra contiene numerosos temas que expresan el libre pensamiento más característico”, aunque no el de su corriente atea y materialista, sino el de la déista y espiritualista (201).

Resultan, pues, incomprensibles obras como la de Santonastaso, carente del más mínimo sentido crítico y escrita a la mayor gloria de Quinet, en la que se pretende mostrar que su concepción de la libertad y de la religión “es altamente cristiana” (202). En parecido defecto había sido precedido por Albert Valès, explicable, en parte, por su amistad con la viuda de Quinet, razón que si permite entender su hagiográfica obra no la excusa de carecer del más mínimo espíritu crítico. Así, considera que la intolerancia atribuida a Quinet, incluso por sus amigos y admiradores, tiene su origen en el juicio emitido por Faguet, y “procede de una lectura rápida y superficial o de un apriorismo profundo que es imposible ilustrar porque no lo desean” (203). Para Valès, Quinet fue “un espíritu esencialmente religioso” (204), hasta el punto que “el sentimiento religioso es el rasgo más sobresaliente y más original de su obra” (205). Pero, ni siquiera jugando con las palabras es todo posible. Así, la religión de Quinet “no es otra cosa que el cristianismo en su forma más amplia y comprensiva” (206); y el remate de tanta claridad es la negación de lo que previamente se pretende afirmar: “era un cristiano y un creyente, pero, evidentemente, un libre cristiano y un libre creyente” (207).

Aunque Quinet, como mostró Faguet, “sufrió la evolución de las ideas de su siglo, experimentando sucesivamente esa influencia, la de Alemania, la de la Universidad anticlerical de 1840, la de

(201) J. LALOUETTE, “La libre pensée d’Edgar Quinet”, ed. cit., págs. 79 y 80.

(202) Giuseppe SANTONASTASO, *Edgar Quinet et la religione della libertà*, Dedalo Libri, Bari, 1968, pág. 92.

(203) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 296.

(204) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 60; 57, 362.

(205) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 25.

(206) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 364.

(207) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 369.

Darwin y el transformismo” (208), sin embargo, sobre todo a lo largo de sus obras de imaginación, a alguna de las cuales me he referido –*Ahasvérus, Prometeo, El genio de las religiones, Sobre el origen de los dioses, El espíritu nuevo, La Creación*–, mantuvo una clara continuidad, la de un pensamiento falto de claridad y enrevesado, no pocas veces ininteligible (209), en el que se echa en falta, en muchas ocasiones, una conclusión, aunque fuera errónea. Para Lanson, Quinet tenía algo de “incoherente y nebuloso” (210); Strowski, además de indicar su mal estilo, opinaba que “su imaginación, verdaderamente, es demasiado confusa” y “su pensamiento nunca llega a la claridad plena” (211) y Canat le consideró “pensador confuso” de espíritu caótico (212). Incluso Valès entendió que “la vaguedad” y “la obscuridad” fueron los defectos más sobresalientes del poeta (213). Literato más bien mediocre, su obra “filosófica” carece de valor.

A pesar de ello, o quizá por ese motivo, que dirían otros, fue uno de los padres espirituales del pensamiento anticatólico y laicista de la Tercera República (214), claramente plasmado en la legislación antirreligiosa y en la política educativa anticatólica por ella desarrollada. Ferry, Buisson –para el que Quinet fue el que “con

(208) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle, Deuxième série*, ed., cit., págs. 225-226.

(209) “Una civilización es un pensamiento del alma del mundo, donde la gloria del conquistador, el canto del poeta, los recuerdos de las generaciones, el instinto naciente de la flor, la voz inarticulada del río, la armonía silenciosa del reino inorgánico, mezclados, confundidos, explicándose, terminándose uno por otro, no forman más que una idea, que una vida, que una palabra pronunciada en el infinito. Cuando el tiempo haya desarrollado bajo formas análogas todo lo que encierra el espacio, cuando el mundo de la reflexión haya reproducido el mundo entero de la espontaneidad, y que a cada hecho necesario responda un hecho de libertad, el sentido del universo será realizado; el absoluto se conocerá a sí mismo” (E. QUINET, *De l'origine des dieux*, en *Oeuvres Completes*, Pagnerre Libraire Editeur, París, 1857, vol. I, pág. 416).

(210) Gustave LANSON, *Histoire de la Littérature Française* (1894), Librairie Hachette, París, s.d. (pero 17ª ed., 1922), pág. 927.

(211) Fortunat STROWSKI, *Tableau de la Littérature Française au XIXe siècle et au XXe siècle*, (1912) Mellottée Editeur, París, s. d. (pero 1925), pág. 323.

(212) René CANAT, *La Littérature Française au XIXe siècle*, Payot et Cie., París, 1921, tomo I, pág. 84.

(213) A. VALÈS, *Edgar Quinet. Sa vie et son oeuvre*, ed. cit., pág. 123.

(214) E. QUINET, *Le siège de Paris...*, ed. cit. ; *La République. Conditions de la Régénération de la France*, Librairie Hachette, 3ª ed., París, s.d.

veinticinco años de adelanto, trazó el programa preciso, total y completo de una verdadera enseñanza laica” (215)–, Gambetta –que en el programa de Belleville, en 1869, como candidato radical, había reivindicado “la instrucción primaria laica, gratuita y obligatoria” (216), consideró a Quinet “uno de los padres de la democracia contemporánea”, “que pronunció el grito que permanecerá como grito de adhesión de la democracia: (...) dad al pueblo la Instrucción laica”, “el primero que pronunció esta palabra y creó esta fórmula” (217)–, Combes (218), con los que actuó como maestro, le tuvieron por su oráculo, como puede verse en el artículo que Steeg le dedicó en el *Diccionario pedagógico* de Ferdinand Buisson (219).

Quinet, en expresión de Charlton, fue un “reformador social” (220). Se sintió, o aparentó sentirse, un nuevo profeta, anunciador de una nueva etapa de laicismo sin Dios, para lo que fue necesario que tuviera un altísimo concepto de sí mismo y del papel que le correspondía en la historia de la humanidad. Como observó Powers, “Quinet era un fanático en la convicción de que la verdad le había sido revelada a él” (221), y Richer destacó que Quinet “siempre estuvo persuadido de que tenía una misión que cumplir” (222).

(215) Ferdinand BUISSON, *La Foi laïque. Extraits de Discours et d'Écrits (1878-1911)*, prólogo de Raymond Poincaré, Librairie Hachette et Cie., 3ª ed., Paris, 1918, pág. 231.

(216) F. BUISSON, *La politique radicale. Étude sur les doctrines du Parti Radical et Radical-socialiste*, prólogo de Léon Bourgeois, V. Giard et E. Brière, Paris, 1908, pág. 28.

(217) Léon GAMBETTA, Discurso en las honras fúnebres de Quinet, en E. QUINET, *Vie et mort du génie grec*, 3ª ed., Librairie Hachette, Paris, 1912, págs. 278, 285 y 286.

(218) Una muestra de su política sectaria aplicada cuando fue Jefe del Gobierno, conocida como combismo, que supuso el cierre de más de dos mil quinientos centros de enseñanza y la supresión de casi todas las congregaciones religiosas, en Émile COMBES, *Una Campagne laïque (1902-1903)*, prólogo de Anatole France, H. Simonis Empis, Paris, 1904.

(219) Jules STEEG, “Quinet”, en F. BUISSON (dir.), *Dictionnaire de Pédagogie et d'Instruction Primaire*, Librairie Hachette et Cie., Paris, 1888, 1ª Parte, tomo II, págs. 2519-2522.

(220) D. G. CHARLTON, *Positivist thought in France during the Second Empire 1852-1870*, Oxford University Press, Oxford, 1959, págs. 109 y 110.

(221) R. H. POWERS, *Edgar Quinet. A Study in French Patriotism*, ed. cit., pág. 168.

(222) L. RICHER, *Edgar Quinet...*, ed. cit., págs. 226 y *passim*.

En su centenario, recordó Benichou, “fue conmemorado gloriosamente en 1903 por la República laica, como uno de sus fundadores” (223). En 1911 entró en servicio un crucero acorazado con su nombre (224) y en París, un bulevar, una estación de metro y un liceo llevan su nombre.

(223) P. BENICHO, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 496.

(224) No fue el único que fue honrado de ese modo. De la misma clase fueron los cruceros acorazados *Waldeck Rousseau* y *Ernest Renan* y unos años antes fueron construidos los *Jules Michelet*, *Jules Ferry* y *Victor Hugo*, de menor desplazamiento. La primera década del siglo XX fue, sin duda, la del apogeo de la exaltación republicana en la Armada francesa, pues entrarón en grada los acorazados *Democracia*, *Justicia*, *Verdad*, *República* y *Patria*; y poco más tarde los *Danton*, *Mirabeau*, *Diderot*, *Condorcet*, *Vergniaud* y *Voltaire*. Quizá para contrarrestar a los *Charlemagne*, *Sant Louis* y *Charles Martel*, que con el crucero *Jeanne D'Arc* fueron botados o entraron en grada a finales del siglo XIX.